

El pecado como negación del ser personal humano según Leonardo Polo

Sin as a denial of human personal being according to Leonardo Polo

JUAN FERNANDO SELLÉS

Universidad de Navarra, España

RESUMEN En este trabajo se sostiene que el pecado, según el filósofo español Leonardo Polo (1926-2013), es negación para el ser humano, y se divide en tres partes: a) La negación en el acto de ser personal: amar personal, conocer personal y coexistencia libre. b) La negación en la esencia del hombre: en el yo, la voluntad y la inteligencia. c) La negación en la naturaleza corpórea humana: en los sentidos y apetitos, en los sentimientos sensibles y en las funciones vegetativas.

PALABRAS CLAVE Pecado, negación, acto de ser personal, esencia humana, naturaleza corpórea.

ABSTRACT In this paper it is argued that sin, according to Spanish philosopher Leonardo Polo (1926-2013), is a negation of the human being, and it is divided into three parts: a) Denial in the personal act of being: personal love, personal knowledge and free coexistence. b) Denial in the essence of man: in the self, the will and the intelligence. c) Denial in the human corporeal nature: in the senses and appetites, in the sensitive feelings and in the vegetative functions.

KEYWORDS Sin, denial, personal act of being, human essence, bodily nature.

Introducción

Dado que «según señala Tomás de Aquino, el pecado original es la razón misma de pecado»,¹ atenderemos a él para intentar comprender a qué afecta todo pecado. Según la revelación bíblica, en el inicio del género humano tuvo lugar la primera mentira en nuestro mundo, la original, la cual el ser humano no la habría cometido si no hubiese sido instigado por una criatura de naturaleza superior a la suya. Bien mirada, tal farsa tuvo una triple referencia. a) En primer lugar, fue una falacia respecto de la índole del ser divino único y pluripersonal, y como éste está abierto al acto de ser de las demás personas creadas, tal mentira también quedó referida al acto de ser de ellas y, derivadamente, a su esencia. b) En segundo lugar, y en dependencia con de lo que precede, fue un engaño respecto del acto de ser personal propio del hombre que pecó y, secundariamente, respecto de su propia esencia. c) En tercer lugar, fue una falsedad respecto del acto de ser del universo físico y consecuentemente, respecto de su esencia. Por tanto, el pecado original fue una mentira omniabarcante porque quedó referida directamente a todos los actos de ser existentes, e indirectamente a sus esencias. En lo que sigue centraremos la atención sólo en la segunda de estas implicaciones: la negación del acto de ser personal humano.

En el compuesto humano es usual distinguir entre alma y cuerpo, distinción que procede del pensamiento clásico griego. A éste Tomás de Aquino añadió que en el alma hay que distinguir su acto de lo potencial en ella,² lo que en cierto modo se podría hacer equivalente a su famosa distinción real entre *acto de ser* y *esencia* vista ésta en antropología. El planteamiento de Leonardo Polo respecto de la antropología cuenta

1. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, vol. XVII, Pamplona, Eunsa, 2015, 141.

2. «El alma humana como subsistente, está compuesta de potencia y acto, pues la misma sustancia del alma no es su ser sino que se compara a él como la potencia al acto. Y de aquí no se sigue que el alma no pueda ser forma del cuerpo, ya que incluso en estas formas eso que es como la forma, como el acto, en comparación a una cosa, es como potencia en comparación a otra», *Q.D. De Anima*, q. un, ar. 1, ad 6. Cfr. también *Suma Teológica*, I, q. 75, a. 5, ad 6.

con el clásico, griego y medieval, pero distingue más dimensiones distintas reales en el compuesto humano. En rigor, lo que él distingue de más frente al anterior es la 'persona' humana, la cual no se reduce ni a su 'alma' ni a su 'cuerpo', ni a la suma de ambos. En efecto, para Polo, el *alma* no es el *espíritu* o la *persona*,³ pues el alma vivifica al cuerpo, es 'forma' de él, pero no es un quién, un acto de ser personal. Por tanto, no es de ámbito trascendental, sino esencial, y la «manifestación esencial humana, va desde la *sindéresis* hasta las potencias inmateriales y la expresión *psicosomática*».⁴ Por tanto, «la realidad del alma es habitual. Dicho hábito es la *sindéresis*»;⁵ «ha de tenerse en cuenta la distinción real entre el acto de ser personal y su esencia: la *sindéresis*, y por tanto el yo, proceden —nacen— de la persona».⁶ Polo hace coincidir la *sindéresis*

3. «El alma, a mi modo de ver, pertenece a la esencia; está en el orden de la esencia. El alma no es la persona». Polo, L., *El conocimiento del universo físico*, en *Obras Completas*, vol. XX, Pamplona, Eunsa, 2015, 296. «El *alma*, a mi modo de ver, está en el orden de la esencia. La persona es el *esse animae: distinctio realis*. El alma separada no es persona, pero tampoco lo es unida». *Persona y libertad*, Pamplona, Eunsa, 2007, 94. «El alma humana también pertenece al orden de la esencia. Ya hemos dicho que el *actus essendi* humano es distinto realmente de la esencia humana... el alma está en el orden de la esencia, y la persona está en el orden del acto de ser. El alma es uno de los constitutivos esenciales de lo humano, pero no es acto de ser, *actus essendi*». *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, XXIII, Pamplona, Eunsa, 2015, 113.

4. Polo, L., *Antropología trascendental*, II, en *Obras Completas*, vol. XV, Pamplona, Eunsa, 2015, 285. «La realidad del alma estriba, no sólo en las potencias espirituales, sino en su ápice habitual: la *sindéresis*». *Ibid.*, 287. «El alma humana es la vida añadida que se extiende desde la *sindéresis* a las potencias espirituales». *Ibid.*, 326. «El alma humana es la manifestación esencial cuyo ápice es la dualidad *ver-yo* y *querer-yo*. Por tanto, el alma humana consta de dos potencias: la inteligencia y la voluntad». *Ibid.*, 234. «La consideración primaria de la voluntad permite distinguirla de la inteligencia, otra potencia del alma que forma parte de la esencia humana». *Ibid.*, 393-4. «Prescindiendo de su dualidad con el cuerpo, el alma humana se manifiesta con los actos de dos potencias, a saber, la inteligencia y la voluntad. De acuerdo con esa dualidad el ápice del alma es la *sindéresis*, es decir, *ver-yo* y *querer-yo*». *Ibid.*, 403.

5. Polo, L., *Antropología trascendental*, II, ed. cit., 581. «La realidad del alma es el hábito innato de *sindéresis*». *Ibid.*, 456, nota 39.

6. Polo, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, Pamplona, Eunsa, 2005, 217-219.

con el ápice del alma.⁷ Para Polo, además de que la persona es realmente distinta de su alma, y precisamente por ello, el alma humana no se agota con informar al cuerpo, porque «el alma es esencia, no sólo forma del cuerpo»,⁸ ya que depende de la persona humana. Por tanto, su fin primero es manifestar a la persona, no vivificar al cuerpo. Por eso Polo indica que la noción de ‘esencia’ remite a las de ‘espíritu’ y ‘persona.’⁹ En este punto hay que tener en cuenta un asunto clave, a saber, que el alma

7. «La realidad del alma estriba, no sólo en las potencias espirituales, sino en su ápice habitual: la *sindéresis*». *Antropología trascendental*, II, ed. cit., 287. «El alma humana es la vida añadida que se extiende desde la *sindéresis* a las potencias espirituales». *Ibid.*, 326. «El alma humana es la manifestación esencial cuyo ápice es la dualidad *ver-yo* y *querer-yo*. Por tanto, el alma humana consta de dos potencias: la inteligencia y la voluntad». *Ibid.*, 342. «*Sindéresis*, que es la cumbre del alma humana». Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 211.

8. Polo, L., *Curso de teoría del conocimiento*, III, en *Obras Completas*, vol. VI, Pamplona, Eunsa, 2015, 432. «El alma es esencia y forma: la distinción de ambas nociones se cifra en el límite mental, que viene a ser el *cierre* de la información del cuerpo por el alma: el límite mental ya no informa, y por eso *hay* objetos pensados. Si el alma no fuera esencia, el pensamiento sería imposible. Sin el *cierre* de la información el cuerpo humano no sería susceptible de corrupción». *Ibid.*, 433. «La presencia deriva del alma en tanto que esencia y no en tanto que forma del cuerpo». *Ibid.*, 435. «La presencia mental señala la distinción entre el alma como esencia y como forma del cuerpo». *Ibid.*, 437.

9. «En virtud de tal trascender se habla de espíritu y persona. Tales nociones requieren que el alma se entienda como esencia y no sólo como forma del cuerpo». Polo, L., *Curso de teoría del conocimiento*, III, ed. cit., 435. «Como esencia, el alma es dual respecto de su ser, no de su cuerpo... Como esencia, el alma es respectiva al ser». *Ibid.*, 436. «El alma separada no es forma (del cuerpo), sino esencia. Muerto el hombre, el alma no conoce posesivamente. Unida al cuerpo el alma es esencia y forma modalmente modificable; separada, es esencia. La esencia separada no es relativa a un límite posesivo». *Ibid.*, 437. «El alma... pertenece a la esencia; está en el orden de la esencia. El alma no es la persona». *El conocimiento del universo físico*, ed. cit., 296. «La potencialidad infinita es compatible con el alma, siempre que ésta no se considera acto primero, sino como procedente del co-acto de ser personal». *Antropología trascendental*, II, ed. cit., 406-7.

humana no es subsistente,¹⁰ pues subsistente sólo es la persona humana¹¹ (ni siquiera sus hábitos innatos lo son).¹²

Este nuevo planteamiento tiene más ventajas explicativas que el clásico. Una de ellas estriba en que mientras el antiguo se problematiza ante la pregunta de si con la muerte pervive la persona, en éste tal dificultad se resuelve palmariamente. En efecto, el modelo clásico considera que ‘persona’ humana equivale al hombre completo, es decir, a la reunión de alma y cuerpo. Ahora bien, es claro que con la muerte se pierde el cuerpo, y en esta tesitura —al menos durante lo que en el cristianismo se denomina ‘escatología intermedia’— no se podría hablar propiamente de ‘persona’. En cambio, Polo sostiene que la ‘persona’ es el ‘acto de ser’ humano, y en consecuencia, con la muerte —para los salvados— pervive tanto la persona o ‘acto de ser’ personal como la ‘esencia’ humana, aunque en esa situación se carezca de momento de la naturaleza corpórea humana (la cual se recuperará por favor divino, según afirma la doctrina cristiana, al fin de los tiempos con la resurrección. En ese nuevo estado se podrá hablar de ‘hombre’ completo; pero ‘persona’ se es tanto vivo como muerto si se permanece en el cielo). En consecuencia, las nociones de ‘hombre’ y ‘persona’ no son equivalentes. La de *hombre* es una noción clásica, debida a la filosofía griega y aceptada a lo largo de toda la tradición filosófica y

10. «La advertencia de los primeros principios es distinta de la esencia humana sin ser tampoco subsistente». Polo, L., *Antropología trascendental*, II, ed. cit., 497. «He descrito la persistencia como comienzo que ni cesa ni es seguido, el acto cuyo indicio temporal es el *después*. Ese acto no es subsistente, y por eso puede ser esencializado — la esencia humana tampoco subsiste— como comienzo que por proceder sigue como constituir en corriente». *Ibid.*, 516. «Se excluye que la esencia humana —inmortal— sea subsistente. Las razones de esta exclusión son varias. La más importante reside en la distinción real de la persona humana con su esencia. Además, si la esencia humana fuera subsistente podría funcionar sin el cuerpo. Pero la falta del cuerpo conlleva la muerte. Sin el cuerpo, la esencia humana no es completa». *Ibid.*, 585.

11. «La «ademaseidad» inagotable equivale al carácter de *además*; por eso se habla de co-existencia subsistente o suficiente». Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 495, nota 240.

12. «El hábito de los primeros principios es innato, pero no subsistente». Polo, L., *Antropología trascendental*, 493. «Los hábitos innatos no son actos subsistentes». *Ibid.*, 495.

designa la totalidad de las dimensiones humanas. En cambio, la noción de *persona* y la realidad que bajo ella subyace es un descubrimiento netamente cristiano,¹³ olvidado cuando el cristianismo no domina el panorama filosófico (por ejemplo, desde el s. XIV a hoy), y designa en exclusiva lo radical o más activo del ser humano. Este modelo tripartito de entender lo humano ha sido recuperado en el s. XX con autores como el segundo Scheler, Nédoncelle y V. Frankl, que dependen de aquél, Ratzinger, etc., pero todavía es poco tenido en cuenta. Con todo, L. Polo lo describe y fundamenta mucho más que los precedentes autores.

Según estas consideraciones antropológicas, ahora se puede centrar la atención en el problema del pecado y sus efectos en el compuesto humano. En el planteamiento clásico se puede decir que «en cuanto que la unidad de cuerpo y alma se ha debilitado en el hombre, está llamada a ser más íntima de lo que es».¹⁴ Ahora bien, según la ampliación antropo-

13. Cfr. Polo, L., «La originalidad de la concepción cristiana de la existencia», en *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, en *Obras Completas*, vol. XIII, Pamplona, Eunsa, 2015, cap. V, 345-363. Cfr. al respecto mis trabajos: «La realidad que subyace, según L. Polo, bajo el concepto de persona», *Estudios Filosóficos Polianos*, 1 (2014) 4-27; «Descubrimientos cristianos relevantes, según L. Polo, para la filosofía», *Estudios Filosóficos Polianos*, 1 (2014) 28-53.

14. Polo, L., *La esencia del hombre*, ed. cit., 134. El texto sigue así: Ese decaimiento se ha producido como consecuencia del pecado original, lo cual también se puede tematizar. Aquella unidad es más íntima que en el animal, en el sentido de que el cuerpo está más organizado, pero también está un poco desorganizado, en cuanto que en el hombre también existen pasiones no ordenadas, pues después del pecado de Adán el hombre no domina tanto al cuerpo como antes. El hombre está llamado a una unidad superior. Ése es el asunto de la resurrección, que no tendrá lugar del mismo modo en que están unidos el cuerpo y el alma en esta vida, porque el cuerpo en esa situación será glorificado. El cuerpo glorificado se une al alma de una manera distinta». *Ibid.* En otro lugar agrega: «Al respecto téngase también en cuenta esta indicación de Tomás de Aquino: ‘En un pecado pueden concurrir varios movimientos, entre los cuales posee la primacía aquel en el que primero se halla el desorden. Es claro, por otra parte, que el desorden se encuentra en el movimiento interno del alma antes que en el acto externo del cuerpo, porque, como dice San Agustín en *De civitate Dei*, I, no se pierde la santidad del cuerpo mientras se conserve la del alma.’ *Summa Theologiae*, q. 163, a. 1, co». Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 135, nota 11.

lógica poliana, si bien el pecado personal afecta a todas las dimensiones humanas, el pecado original en nosotros no afecta al ‘acto de ser’ personal humano, porque éste es creado directamente por Dios y poner el pecado original en él equivaldría a hacer a Dios culpable de tal lacra.¹⁵ Afecta indudablemente al cuerpo, el cual lo recibimos en herencia de nuestros padres, pero también al alma (como sanciona el concilio de Trento), y lo hace en la medida en que ésta vivifica o es *forma* o vida del cuerpo, no en la medida en que es *esencia* respecto del *acto de ser* personal. Comporta algo más de entrada, a saber: «que el cuerpo no entre también en la esencia humana, es decir, que tenga que ver con el carácter no esencial del alma sino con el carácter formal del alma, eso es consecuencia del pecado original».¹⁶

Pero una cosa es el pecado original y otra más grave para nosotros el personal. Éste puede afectar a las diversas dimensiones del compuesto humano, las cuales como son, al menos, las tres indicadas según Polo —espíritu-alma-cuerpo, o también, acto de ser-esencia-naturaleza orgánica—, para estudiar sus efectos se puede dividir este trabajo en tres epígrafes. Como el pecado personal tiene su origen en la intimidad humana o *acto de ser*, se manifiesta luego en la personalidad y en las facultades inmateriales humanas —inteligencia y voluntad— que conforman la *esencia* del hombre, y finalmente deja su poso en las orgánicas que constituyen la *naturaleza corpórea*, comenzaremos por abordar el problema del mal en el corazón del ser humano.

15. «Pero, el de Adán, ¿cómo va a ser pecado de mi persona? El de Adán es pecado de mi esencia, pero no es pecado de mi persona. El pecado de Adán no se me puede atribuir a mí personalmente». Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 23.

16. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca* —Colombia— agosto de 1997, pro manuscrito, 23. El texto añade: «De manera que si hablamos del hombre sin pecado original, no tenemos necesariamente que hablar de esa separación del alma. En la muerte de un supuesto hombre no elevado pero tampoco pecador (sin pecado original) la relación entre alma y cuerpo sería superior, más estrecha». *Ibid.*

1. La negación en el acto de ser humano

La persona humana o acto de ser del hombre es un ser especialmente intensificado y peculiar, porque es creciente de cara al ser divino. En virtud de este progresivo crecer Polo lo denomina con el adverbio ‘además’. Como es sabido, un adverbio suele acompañar al verbo, el cual denota actividad. Esta imagen Polo la tomó de Maister Eckhart, quien designó al hombre como el «adverbio referido al Verbo».¹⁷ Pues bien, «el pecado —para Polo— es renunciar al carácter de además»,¹⁸ es decir, desistir de crecer en orden a Dios y declinar el buscar en el ser divino el propio sentido personal; lo cual conlleva «querer conseguir la identidad en la *conversio*»¹⁹ hacia la esencia humana, o sea, pretender encontrar en ella el sentido personal del acto de ser, lo cual es imposible, porque en la criatura siempre está vigente la distinción real, descubrimiento tomista al que se ha aludido.

El sentido personal propio sólo se puede encontrar plenamente en Dios. Por eso con la negación del acceso a Dios desde la intimidad personal humana se niega o se miente respecto del propio acto de ser o intimidad. Ahí radica el origen del mal ‘personal’ humano al cual se puede llamar propiamente ‘pecado personal’. Con su aceptación el hombre deviene malo en su raíz: «al hacerse el hombre malvado, incurre en mentira respecto de su ser, y merece el juicio condenatorio de Dios, que declara, como se lee en el Evangelio: «no te conozco». Esta declaración divina sólo es posible si el hombre ha vulnerado la imagen divina en su ser».²⁰

17. «Buscar una réplica más alta que el propio intelecto personal confirma que la persona humana es el adverbio en busca del Verbo», Polo, L., *Antropología trascendental*, I, ed. cit., 226, nota 40. Cfr. también: *Presente y futuro del hombre*, en *Obras Completas*, vol. XVI, Pamplona, Eunsa, 2015, 184.

18. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 74.

19. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 74.

20. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 136. En otro escrito precedente se lee: «El factor que frena la crisis moral de la sociedad actual es la Iglesia Católica. La revelación cristiana es una fuente de la moral que considera lo alcanzado por los

El «no os conozco» proferido por Dios no denota que el ser divino esté falto de conocimiento hasta el punto que no conozca al pecador, sino que éste ha perdido enteramente su sentido personal, lo que en lenguaje cristiano se denomina la imagen divina.

Polo distingue varios rasgos o dimensiones que conforman la intimidad personal humana, a los que llama ‘trascendentales personales’, los cuales constituyen una ampliación en el plano personal de los ‘trascendentales metafísicos’ los cuales no son personales. Si éstos son al menos el ser, la verdad y el bien, aquéllos son la *coexistencia libre*, el *conocer* y el *amar personales*. Por tanto, si el pecado es personal y comporta un decaimiento o progresiva negación del ser personal, debe conllevar una falta de coexistencia libre, debe entenebreecer o encapotar el sentido, verdad o conocer personal, y debe provocar desde el desamor hasta el odio. Polo también admitía que los trascendentales personales se convierten, pero hasta cierto punto, porque uno amplía al otro, de modo que mantienen un orden jerárquico, siendo el superior de ellos el amar personal, seguido del conocer personal, y posteriormente la coexistencia libre. Pues bien, atendiendo a esto, se puede advertir que el pecado es un debilitamiento de cada uno de estos trascendentales. Además, como cada uno de ellos está abierto constitutivamente a Dios de modo distinto, el pecado debe comportar en cada uno una oclusión de su respectiva apertura. Así, si la coexistencia libre se abre al ser divino como dependencia esperanzada, el pecado debe acarrearle la soledad desesperanzada; si el conocer personal se abre a Dios confiadamente buscando en él el propio sentido personal, el pecado le acarreará la desconfianza en la búsqueda de dicho sentido; si el amor personal se abre a Dios aceptando, el pecado debe comportar rechazo.

a) *En el amar personal*. Es conocido que la clave de la vida cristiana

griegos de una manera más seria e intensa. Según esto, con sus acciones, el hombre se juega su vida respecto de Dios, es decir, hacerse mejor significa parecerse más a Dios, actuar de acuerdo con el propio carácter de imagen suya, mientras que en otro caso se hace mentira y merece el juicio condenatorio de Dios que declara: no te conozco. Esta sentencia divina sólo puede decirse al hombre que ha borrado en sí la imagen divina». Polo, L., «Ética socrática y moral cristiana», *Anuario Filosófico*, XL/3 (2007) 557.

radica en una lucha interior constante hasta el último momento para ser fiel a las exigencias divinas. Si luteranamente se admitiese que la naturaleza humana estuviese completamente corrupta, tal pelea carecería de sentido. Pero la aludida lucha interior tiene como principal motivo el amor, primero a Dios, y en segundo lugar, a los demás por él: «en la religión cristiana, el aumento del sentido de la realidad se centra en la profundización en el ser de Dios y de los otros hombres, a los que eleva a la condición de prójimo. Sin duda, tal exaltación hace crecer en el hombre su conciencia de servicio. Por eso la decadencia del cristianismo es, sobre todo, de carácter interno y reside en la actitud despectiva ante el pecador, que se pone de manifiesto, por ejemplo, en la oración del fariseo que menosprecia al publicano y en la reacción del hijo mayor cuando el hijo pródigo retorna arrepentido. Este descenso de la inspiración cristiana se corresponde con cierta ceguedad ante los pecados propios».²¹ Esto indica que el pecado provoca desamor, el cual puede ir *in crescendo* hasta el desprecio e incluso el odio. Por el contrario, el amor personal humano puede ser *elevado sobrenaturalmente* por la virtud teologal de la *caridad*.

b) *En el conocer personal*. Polo identifica este conocer con el *intelecto agente* descubierto por Aristóteles y lo denomina *intellectus ut co-actus*. Lo describe como ‘transparencia’, ‘limpidez’. De modo que si considerase que el pecado original afectara a la intimidad humana, no lo hubiese descrito así. Este intelecto tiene como tema, según Polo, a Dios. Por tanto, es creciente en su conocer, pues respecto de tal tema se puede considerar siempre como un aprendiz: «el espíritu humano es primordialmente un aprendiz, tendido, en la medida en que no obsta el pecado, hacia mayores alturas».²² Pero si obsta el pecado se deja de aprender personalmente acerca de Dios, no acerca de otras cosas. En suma, nuestro destino noético es conocer a Dios, y al conocerle, dado que él nos conoce, conocernos en su conocer. El intelecto personal es *búsqueda* cognoscitiva de dicho tema, conocer que puede ser *elevado sobrenaturalmente* por la virtud

21. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 50.

22. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 108.

teologal de la *fe*.²³ «Desde esta perspectiva, omitir cualquier decisión acerca de su destino sería un pecado, al descubrir que es inteligente un ser personal no debe quedarse en la pasividad de no decidir acerca de su destino. En cuanto se descubre como un quién el hombre debe preferir a Dios a sí mismo». ²⁴ Para Polo, desconocer a Dios es estupidez y apreciar cualquier otro bien por encima de él es fatuidad.²⁵

c) *En la coexistencia libre*. «Se pueden distinguir distintos tipos de muerte. Dejando de lado la muerte de los seres vivientes inferiores al hombre, hemos de considerar ahora la muerte del hombre después del pecado. La cuestión puede abarcarse desde la *esencia* humana y en orden a su *ser*, que se ha descrito como *co-ser*». ²⁶ Atenderemos a la muerte de la esencia humana en el próximo epígrafe; en éste nos centramos en la del acto de ser. Aunque no enteramente en la vida presente, el pecado a este nivel acarrea la pérdida de la coexistencia humana con Dios, que equivale a la pérdida del acto de ser personal, puesto que éste es coexistente con el ser divino. En efecto, el pecado es la pretensión de independencia respecto del ser divino: «es la pretensión de ser autónomo respecto de Dios». ²⁷ Por eso el fruto del pecado es la soledad: «el ejercicio de los actos malos, al entrañar la desobediencia a Dios, aísla a la persona humana... Una persona aislada es una pura tragedia, porque su acto de ser es radicalmente co-existencial... Al aislarse, la persona humana se ve constreñida a buscar en su esencia su propia réplica», ²⁸ actitud que se puede denominar ‘pretensión de identidad’, la cual, como no puede lograrse, no deja de ser una pretensión vana. Tal aislamiento es libre, y con tal ruptura la libertad personal se va perdiendo progresivamente hasta la esclavitud completa: «la capacidad del espíritu de alcanzar su

23. Cfr. al respecto mi trabajo: «El acceso a Dios del conocer personal humano», *Studia Poliana*, 14 (2012) 83-117.

24. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 69.

25. Cfr. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 250.

26. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 253.

27. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 118.

28. Polo, L., *Antropología trascendental*, II, ed. cit., 479.

ser verdadero se cifra esencialmente en la libertad. La fuerza, la verdad del espíritu es la libertad; el pecado es la esclavitud». ²⁹ Por tanto, el pecado supone la pérdida de la libertad trascendental. Si la libertad es la energía del espíritu, con su progresiva pérdida el espíritu humano se va desvitalizando paulatinamente. La libertad personal no se entiende sin el futuro: «La libertad es referente al *futuro*... el hombre es futuridad, el *además* apela al futuro; si soy *además* todo está por ser». ³⁰ ¿Qué supone, por tanto, el pecado? La oclusión del futuro, o como Polo decía, la ‘desfuturización del futuro’. Por eso son sintomáticas actitudes del pecado estas dos: por una parte, el deseo de una poseer algo ya, ³¹ en presente, es decir, la falta de paciencia para conseguir grandes ideales a largo plazo; por otra, el conformarse con lo alcanzado, lo cual es pasado, o como hoy se diría, mirar más al currículum que al proyecto. Frente de lo primero Polo solía repetir que ‘cualquier éxito es prematuro’; frente a lo segundo, que ‘el diablo es conservador’. ³² En el fondo, pues, «el pecado el error peculiar de la libertad». ³³

El pecado original no afecta directamente a los trascendentales personales, pero sí el pecado personal. De modo que el primero es menos grave que el segundo. De otro modo: mientras el primero deshumaniza, el segundo despersonaliza, y la pérdida del ser personal es más relevante que la pérdida en lo común de la dotación humana. Con todo, el pecado en esta vida tiene remedio si hay arrepentimiento. La iniciativa del arrepentimiento siempre es divina, es decir, sólo Dios nos puede otorgar el conocer lo que hemos perdido con el pecado, porque el pecado comporta falta de conocimiento en el nivel en el que anida. «En este sentido, arrepentimiento significa *hombre frente al pecado*. El cristianismo no

29. Polo, L., *Presente y futuro del hombre*, ed. cit., 335.

30. Polo, L., *La esencia del hombre*, ed. cit., 282.

31. «El pecado es, como también hemos indicado, una obsesión por encontrar que detiene el querer-querer-más». Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 586.

32. «El conformista es un conservador y el conservador se parece al diablo, porque ha renunciado a su fin». Polo, L., *Introducción a la filosofía*, en *Obras Completas*, XII, Pamplona, Eunsa, 2015, 170.

33. Polo, L., «El concepto de vida en Mñor Escrivá», en *Anuario Filosófico*, XVIII/2 (1985) 13 nota 34.

soporta el pecado ni el dolor, sino que es activo respecto de ellos». ³⁴ La remisión del pecado se llama 'perdón'. «El valor santificador del perdón no es extrínseco porque al sernos otorgado sigue abierto: el pecado se borra, el perdón no. Dolerse del pecado es inseparable del maravillarse por el perdón, y se convierte en el estallar del amor, de la fe y de la esperanza». ³⁵ Estas tres virtudes teologales son la elevación divina de los trascendentales personales: de la coexistencia libre, del conocer y del amar personales.

2. La negación en la esencia humana

Además de en la naturaleza corpórea humana, que heredamos de nuestros padres, «el pecado original está en la esencia humana». ³⁶ La esencia humana, según Polo, está conformada por lo más activo de ella que es el hábito innato de la *sindéresis*, el cual tiene dos dimensiones —llamadas por él *ver-yo* y *querer-yo*—, y lo más potencial de ella, las dos facultades superiores —la inteligencia y la voluntad—, potencias nativamente pasivas, a las que activan respectivamente cada una de esas dos dimensiones de la *sindéresis*. De las dos primeras es superior *querer-yo* a *ver-yo*, y de entre las segundas es superior la voluntad a la inteligencia. Pero tal vez el pecado original no afectaría nativamente a la esencia humana si ésta no tuviese una dimensión que activase desde el inicio a la naturaleza humana, pues es claro que la inteligencia y la voluntad se activan tardíamente. Es lo que los pensadores clásicos denominan 'alma' como 'forma' del cuerpo, y es en virtud de ello por lo que Polo distinguen entre el alma como 'esencia' y alma como 'forma' del cuerpo. Polo describe la esencia humana como 'disponer'. Es aquello humano 'según' lo que dispone la persona humana, no aquello 'de' lo que ésta dispone a su antojo. Lo primero es correcto; lo segundo, no. «La esencia humana en cuanto

34. Polo, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, vol. XIII, Pamplona, Eunsa, 2015, 176. Cursivas en el original.

35. Polo, L., *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, ed. cit., 375.

36. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 36.

que depende de la persona es un disponer. El disponer conduce a la dualidad con lo disponible. Yo suelo decir que pecado es intentar hacer la confusión, hacer del disponer, disponible. Disponible ¿para qué? para separarse de Dios y ser autónomo. Cuando la esencia es un disponer (ella misma dispone de) pero no es disponible».³⁷ Esto es lo que ocurrió con el pecado original³⁸ y lo que ocurre con los pecados personales: el intento de disponer *de* la esencia, no disponer *según* ella es. Veamos con un poco de detenimiento como afecta el pecado en cada una de las indicadas dimensiones de la *esencia* humana.

a) *En el yo*. El yo, según Polo, equivale a lo que en la tradición medieval se ha denominado *hábito innato de la sindéresis*, y que, para él, consta de las dos dimensiones aludidas. El pecado lo que hace respecto de la sindéresis es debilitar su luz nativa, aunque ésta no se pierda íntegramente en esta vida: «como indica Tomás de Aquino, aún en estados de deterioro moral, la sindéresis no se pierde y, por tanto, es posible rectificar».³⁹ Afectada por el pecado o no, la sindéresis no puede iluminarlo: «la sindéresis no ilumina el mal: el mal está ahí en tanto que indescifrable, como una excepción a la iluminación esencial. No es que el mal no exista sin más, como la nada, sino que, cuando es albergado por la esencia humana, le es extraño y permanece impenetrable. Por decirlo así, el mal es una grieta para la intelección; pero, a la vez, esa grieta no está vacía, sino que es ocupada por el mal».⁴⁰ Ya se ha dicho que el mal no se puede conocer. La sindéresis ilumina la inteligencia y la voluntad. Si el mal es adquirido y afecta a estas potencias, lo que le sucede a la sindéresis es que las ilumina menos que antes de aceptar en ellas el pecado: «Aunque el hombre esté herido por el pecado original y padezca el *fomes peccati*, no se trata de una corrupción completa. Por

37. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 19.

38. «Lo hizo en el pecado original y después lo sigue haciendo. Es decir, que quiere disponer de su esencia». Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 40.

39. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 302.

40. Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 482.

eso, por más que la voluntad pueda apartarse del bien, inicialmente la sindéresis ilumina la verdad de la voluntad: relación trascendental con el bien, y en modo alguno una relación trascendental con el mal». ⁴¹ El que la sindéresis ilumine la voluntad y advierta que esta potencia es una relación trascendental con el bien indica que la voluntad no tiene que ver nativamente con el mal. ⁴² Y, *mutatis mutandis*, algo similar se podría decir respecto de la iluminación por parte de la sindéresis de la inteligencia. Al iluminarla, nota que esta tiene que ver con la verdad y sólo con la verdad, no con el error. Pero en la presente situación la sindéresis tiene que habérselas con una voluntad que tiende a bienes menores y con una inteligencia que tiene que ver con errores. Además, «el pecado original es una herida que consiste en una debilitación de la naturaleza humana, es una cierta separación entre inteligencia y voluntad la cual se desracionaliza. Esto tiene lugar si se niega que un bien sea un bien. Si es bien porque lo es para mí, entonces se produce una distorsión». ⁴³

b) *En la voluntad*. La voluntad, como toda realidad humana, no carece de verdad. Ésta estriba en que tal facultad es una relación trascenden-

41. Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 422.

42. «En rigor, el hombre no tiene absolutamente nada que ver con el mal. El mal sólo le acontece porque ha cedido, porque se ha equivocado y no ha sido fiel a sí mismo. Adán en el paraíso significa la exclusión completa del mal. El pecado de Adán introduce el mal y hace que después el hombre tenga que ver con él. Pero incluso entonces es característico de la persona humana apartarse del mal, desecharlo. Para conseguirlo es menester ahogar el mal en abundancia de bien. Por eso se dijo que el precepto de la sindéresis es *haz el bien*, y secundariamente *evitar el mal*, aunque esto último le compete porque el mal ha sido incorporado a la historia del hombre». Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 491. En otro pasaje añade: «Si el mal no pertenece, en principio, a la esencia humana, después del pecado es un deber moral apartarse de él y proponerse desterrarlo. Por eso, el primer imperativo de la sindéresis se amplía: *haz el bien y evita el mal*. Ello comporta que, en la historia, el hombre es capaz de descubrir lo que es malo, tanto dentro de sí como en su entorno. Asimismo, si no se aparta de Dios, con su ayuda puede atenerse al bien y resistir la tentación con esperanza de éxito. Sin embargo, el mal es plural y, en tanto que consecutivo al pecado original, algunos males no se pueden evitar; por ejemplo, la muerte». *Ibid.*, 481.

43. Polo, L., *La conexión de las virtudes*, Piura, Universidad de Piura, agosto de 1995, pro manuscrito, 10.

tal con el bien, con el fin último, inmaterial e irrestricto capaz de saciar a una potencia sin soporte orgánico. Pues bien, el pecado oscurece esa verdad y asimismo cuál es su bien último. En tal tesitura la voluntad puede dejar de tender o quedarse sesteando en bienes menores. En cualquiera de los dos casos «el mal entenebrece la verdad de la voluntad».⁴⁴ En el primer caso, cuando la voluntad deja de tender, algunos hablan de curvatura de la voluntad, en el sentido de que la voluntad se vuelve sobre sí y afirma su propio querer. El ejemplo prototípico de esta mentalidad fue descrito por Nietzsche como ‘voluntad de poder’, es decir, voluntad de más voluntad, pues ésta «tiene que quedarse sólo con el no necesitar en su modalidad más débil».⁴⁵ En el segundo caso se habla de debilidad de la voluntad. Debido a la vinculación objetiva que guarda la voluntad con los apetitos de la naturaleza corpórea humana, la voluntad tiene un lastre para querer bienes mayores que le permitan acceder al bien absoluto, porque sufre el reclamo de las tendencias inferiores respecto de sus propias apetencias. En este sentido se habla de debilidad de la voluntad, la cual se debe al pecado original, pero eso no implica que la voluntad esté nativamente corrompida. Tal debilidad se fortalece naturalmente con la adquisición de virtudes: «Es claro que la virtud no es el crecimiento espontáneo, pero es el único posible después del pecado original».⁴⁶ Es el único posible de modo natural, es decir, contando con las propias fuerzas. El mayor defecto de la voluntad es, por tanto, lo que se opone a la virtud, a saber, el vicio, y éste tiene razón de pecado, el cual —como advirtió Platón— no se puede subsanar sólo por la adquisición de su virtud contraria. En esta línea Polo indica que «el hecho de que el hombre sea incapaz de restablecer el orden moral cuando lo conculca es

44. Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 481.

45. Polo, L., *Estudios de filosofía moderna y contemporánea*, en *Obras Completas*, XXIV, Pamplona, Eunsa, 2015, 317. El texto sigue así: «Voluntad de poder y además nada, o también la nada arrojada fuera de la voluntad. Descubrir esta acentuada debilidad es bastante original: es el desvanecimiento de huecas seguridades, de consistencias definitivas en el querer. ¿Esto se le ha ocurrido a alguien antes? (Al diablo seguramente sí, y cuando un hombre peca lo ejerce aunque no se dé cuenta). Ésta es una poderosa averiguación sobre la estructura del pecado». *Ibid.*

46. Polo, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, ed. cit., 260.

una tesis platónica, desde luego muy pesimista, pero no por ello menos cierta». ⁴⁷

Como es sabido, la pieza clave de la *ética* es la *virtud* de la voluntad. Para Polo «la ética está en el paso de la naturaleza a la esencia. Si estropeo mi naturaleza estropeo el paso. ¿Qué diferencia hay entre decir que el pecado es imborrable, que la falta moral es imborrable, que el vicio moral es imborrable, y que en mí cabe *continuatio naturae*? Que para el defecto moral no tengo ningún remedio técnico ni médico». ⁴⁸ Sin embargo, remedio lo hay, y de doble índole: uno natural y otro sobrenatural; el primero es ético y se llama virtud; el segundo es don divino y se llama perdón. La cara opuesta de las virtudes son los vicios. Esto indica que la voluntad está abierta a unas y otros, o si se desea, no está determinada, y no lo está porque es susceptible de hábitos: «una naturaleza sin hábitos no es capaz de libertad; una naturaleza capaz de hábitos es la que es capaz de pecar de tal manera que se pueda perdonar el pecado. Desde aquí se entiende el *vulnus naturae*: es una naturaleza para la cual los hábitos son difíciles, se envicia con facilidad. No se trata de una naturaleza corrupta en sentido luterano, sino que le es difícil alcanzar su propia perfección». ⁴⁹ Ya se ha indicado que la libertad personal humana es nativa, propia del *acto de ser* personal, y accede a las potencias inmateriales de la *esencia* humana, formando *hábitos* y *virtudes* en ellas. De modo que sin éstos tales facultades no son libres. En efecto, con los hábitos la inteligencia es capaz de más verdad, y con las virtudes, la voluntad lo es de más bien. Como ambas libertades son distintas, cabe preguntar cuál de las dos es superior. La respuesta está en aquella que más manifiesta la índole de la libertad personal, y ésta es la propia de la voluntad, porque —como decía Polo— a uno no se le puede juzgar por aquello que se le ocurre, pero sí por aquello que quiere, ya que si la persona no refuerza el querer de la voluntad, ésta no quiere.

c) *En la inteligencia*. Como lo propio de la razón o inteligencia es conocer, el pecado la afecta a modo de limitación en el conocer. Y como

47. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 265, nota 18.

48. Polo, L., *Persona y libertad*, ed. cit., 105.

49. Polo, L., *Persona y libertad*, ed. cit., 92.

el tema de esta potencia es la verdad, lo que provoca el pecado es su desconocimiento, al cual se suele denominar error. En efecto, para Polo «el error tiene razón de pecado porque es consecuencia de la precipitación que lleva a afirmar lo que se ignora, lo cual es un pecado contra el pensamiento y contra la verdad. Para evitar el error hay que reconocer la complejidad de los asuntos».⁵⁰ Pero el error admite muchas modulaciones: negar por completo la verdad, tomar la verdad por opinión, etc.⁵¹ En este tema hay que distinguir dos asuntos: uno, cómo afectó y afecta el pecado original —según Polo— a esta potencia; otro, cómo le afectan los pecados personales.

c.1) En cuanto a lo primero, Polo recuerda que para el Aquinate el pecado original fue un pecado de ciencia.⁵² Como es sabido, la ciencia es el hábito adquirido superior de la razón teórica, mediante el cual sabemos si nuestros actos de juzgar sobre la realidad física son verdaderos o falsos, es decir, si se ajustan o no al modo de ser de lo físico. Por tanto, sostener que el pecado original es un pecado de ciencia equivale a decir que los primeros que pecaron cambiaron su modo de juzgar acerca de la realidad extramental, que ya no la consideraron tal cual es, sino que la valoraron de otro modo. Pero como originariamente toda la realidad creada era ‘buena’, juzgar de ella lo contrario equivale a sospechar que Dios ha creado mal. Como ese pecado cometido por nuestros primeros padres fue personal, y el pecado personal, como se ha dicho, comporta soledad, «el pecado de ciencia conlleva que los problemas que el mal induce los debe resolver el hombre, él solo, que, de este modo se transforma en un «arreglador». Desde luego, cuando el mal se introduce en la historia, es preciso intentar, entre otras cosas, arreglar el daño que conlleva. Pero, de suyo, lo propio de la actuación humana no es arreglar»,⁵³ sino mejorar el mundo, hacerlo progresar, mejorar la realidad física me-

50. Polo, L., *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, ed. cit., 216.

51. Cfr. al respecto mi trabajo: *En defensa de la verdad*, Piura, Universidad de Piura, Piura, 2011.

52. Cfr. Tomás de Aquino, *In II Sent.*, d. 32, q. 9.

53. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 140.

dante la cultura.⁵⁴ En esa actividad el mismo hombre crece, se perfecciona a sí mismo en ella. Por eso en este sentido Polo designa al hombre como 'el perfeccionador perfectible'. Antes del pecado original no había nada que arreglar, porque todo era bueno. En consecuencia, «la acción práctica de Adán y Eva, más que corregible, era correcta. La primera de estas acciones es descrita en la Biblia como 'poner nombre a las cosas'.⁵⁵ Es obvio que las cosas no pueden nombrarse a sí mismas». ⁵⁶ Poner nombre a las cosas significa que el primer hombre las atravesaba de sentido con su inteligencia, es decir, que carecía de límite para conocerlas. Con el pecado original Adán y Eva, y tras ellos sus descendientes, contaron con un límite en su inteligencia, precisamente el que Polo denomina 'límite mental': «como sugiero, el límite mental es debido al pecado original». ⁵⁷ Este es heredado porque el primer nivel de la inteligencia abstrae de los sentidos, que forman parte de la naturaleza orgánica humana, la cual heredamos de nuestros padres. Con el pecado original se produjo una desvinculación de la naturaleza orgánica respecto de la inteligencia humana de modo que ésta no penetra como antes en la realidad sensible. No penetrar en ella significa que el primer nivel de conocimiento de ella es detenido, no progresivo o creciente, y a esto Polo lo llama 'límite mental'. Este límite es el propio de lo que Polo denomina 'presencia mental', el primer acto de la inteligencia que, al conocer, forma un objeto pensado que es puramente intencional o remitente respecto de la realidad física de la que se ha abstraído. Para Polo este límite se puede saltar en bue-

54. «En el *Génesis* se lee que al crear el universo Dios declara que es bueno, y que el hombre lo es aún más: que es muy bueno. Igualmente se afirma que el hombre está hecho para dominar la tierra. De donde la relación que el hombre ha de guardar con el universo es activa, por ser la de lo muy bueno con lo bueno: comporta el mejoramiento de lo bueno por lo muy bueno. San Agustín alude a este punto cuando mantiene que Dios ha reservado al hombre la obra de ornar el universo. El hombre no es el creador del universo, pero éste ha sido creado de modo tal que sea mejorable mediante la actividad humana». Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 137.

55. Cfr. *Génesis*, II, 19-20.

56. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 140. Cfr. asimismo: *Quién es el hombre*, en *Obras Completas*, vol. X, Pamplona, Eunsa, 2016, 67.

57. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 253.

na medida mediante el ejercicio de los *hábitos intelectuales adquiridos e innatos*, pero es claro que muchas personas se atorán e incluso obcecán en ese primer nivel cognoscitivo de la inteligencia, y no menos patente es que muchas disciplinas científicas y humanísticas se atienen a él: «los saberes humanos poseen claras limitaciones, que a veces aumentan con el paso del tiempo y que son debidas, en último extremo, al desorden introducido por el pecado de origen».⁵⁸ Otro efecto del pecado de origen que heredamos todos es la muerte, que para Polo es debida al aludido 'límite mental': «En el plano de la *esencia*, la muerte es la separación del alma y del cuerpo. Esta separación es posible, a mi modo de ver, por el hecho de que la presencia mental humana, por ser limitada, no asegura la permanencia de la unión del alma con el cuerpo».⁵⁹ Es tesis clásica que el alma es 'forma' del cuerpo, pero como la presencia mental presenta un objeto detenido ajeno a la corporeidad humana, no penetra o atraviesa de sentido el propio cuerpo, de modo que lo deja al margen del conocer.

c.2) *El cuanto a lo segundo*, es decir, a cómo afecta el pecado *personal* a la inteligencia humana, Polo indica que «el hombre es criatura debilitada por el pecado y de escasa lucidez, propensa a la arbitrariedad».⁶⁰ Es claro que los pecados personales son de diverso tipo, pues unos son más parecidos al original, es decir, su constitutivo es más bien la soberbia,⁶¹ y otros se cometen más por debilidad, porque como el de origen ha desordenado las diversas dimensiones del compuesto humano, las pasiones inclinan al mal a las potencias inmateriales. Por su parte, con el pecado

58. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 31.

59. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 233. En otro pasaje indica que «la organización presencial en la criatura humana no es todo lo intensa que en principio debería ser, puesto que no impide la desintegración del cuerpo humano, es decir, su muerte. La deficiencia de la presencia mental es debida al pecado original». *Ibid.*, 107, nota 41.

60. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 291.

61. «Por eso es peor estrictamente inseminar que la píldora. Porque quien utiliza píldora, que es un egoísmo idiota, lo que persigue es el gozo sin el compromiso. En cambio inseminar es un pecado más parecido al original o angelical. Es un pecado de soberbia. Va más en contra de la voluntad divina la inseminación». Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 60.

personal el hombre no queda menos solo que el primer hombre, pues primero se aísla personalmente de Dios y en segundo lugar de los demás. Cuando en las sociedades se provocan aislamientos es señal neta de que abundan los pecados personales. Por ejemplo, Polo indica que «excluir a alguien con el silencio, es también antiético. El silencio sólo tiene validez ética cuando se emplea en hablar con Dios. Pero ha de tenerse en cuenta que sin comunicación lingüística el trabajo en común es imposible». ⁶² El cristiano no es aislante, sino justo lo contrario, congregante, no sólo por su dotación virtuosa o ética, sino porque sabe que «cualquier aislamiento arbitrado para preservar de contaminación un valor supremo, es una estrechez práctica y teórica para quienes han sondeado la grandeza de la Misericordia Divina: pues la Gracia sobreabundó allí, precisamente allí, donde abundó el pecado». ⁶³

Todo persona humana que ha heredado el pecado original tiene el aludido 'límite mental'. Pero este no es el caso, al menos de Cristo y de la Virgen. «Como la humanidad de Cristo no está sujeta al pecado, debe afirmarse que su presencia mental, durante su vida terrena, era susceptible de un perfeccionamiento intrínseco, de un intenso crecimiento penetrativo, del que, como digo, carece la presencia mental del hombre caído. Por consiguiente, la distinción entre conocimiento operativo y habitual, en el sentido que acabo de recordar, no parece propia del conocimiento humano de Cristo. El límite que la presencia mental comporta es susceptible de cierta superación, que llamo *abandono del límite mental* y que, insisto, es posible gracias a que los hábitos son un remedio al descenso que experimenta el conocimiento humano con el pecado». ⁶⁴ Respecto de la presencia mental de la Virgen Polo no ha indicado nada. Según lo indicado, hay que distinguir entre la presencia mental de todo hombre que ha heredado el pecado original, la de la Virgen, la de Cristo y la de Dios, que es eterna: «En suma, la teoría sobre la presencia mental se puede desarrollar de diversas maneras: como presencia humana

62. Polo, L., «Ética socrática y moral cristiana», en *Anuario Filosófico*, XL/3 (2007) 557.

63. Polo, L., *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, ed. cit., 370.

64. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 231.

limitada, como presencia divina eterna e infinita,⁶⁵ como la presencia característica del conocimiento humano de Cristo, que, sin ser eterna ni seguida de hábito, tampoco es un límite.⁶⁶ En rigor, el hábito es un modo cognoscitivo de superar el límite presencial, que resulta superfluo para las presencias propias de conocimientos superiores no gravados por el pecado».⁶⁷

3. La negación en la naturaleza corpórea humana

El relato bíblico de la primera caída indica que tras el pecado Adán y Eva «conocieron que estaban desnudos»,⁶⁸ lo cual parece indicar que la naturaleza corpórea humana quedó desprotegida tras el primer pecado. En efecto, parece que la naturaleza corpórea humana es la que más malparada salió con la herida del pecado original. En ella se ha producido no solo un alejamiento respecto del alma, sino que se han desordenado sus potencias y funciones con soporte orgánico hasta el punto de poder admitir el dolor, la enfermedad y la muerte.⁶⁹ Como se sabe, algunos pensadores recientes (E. Stein, el tercer Scheler, Marcel, Buber, Ricoeur, Zubiri, J. Marías, Laín Entralgo, etc.) han sostenido una persona humana

65. Para desarrollar el tema de la presencia en Dios suelo acudir a la noción de *ámbito irrestricto*, que indica, a mi modo de ver, la unión estrechísima de la presencia divina con la libertad.

66. Además de éstas, pueden distinguirse la presencia de los ángeles, que es distinta en cada uno de ellos, la de Adán antes de la caída, y la de la Virgen Santísima.

67. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 232.

68. *Gen*, III, 7.

69. «Según el dolor las parcelas dispersas del hondo ser humano —desunido al ser atraído por múltiples intereses pequeños, fijado y resuelto en función de minúsculos afanes y preocupaciones, por efecto del pecado: ‘Y se dieron cuenta entonces de que *estaban desnudos* y tomando *unas hojas* se cubrieron’—, es decir, aquello mío que se opone, en relación binómica, a los datos —y así queda apresado—, van siendo ‘quemadas’. De este modo, se va llegando a la desnudez personal. En este proceso, el agente principal es el Espíritu Santo —purificación pasiva de los místicos—, bajo cuya acción el hombre se hace esperanza pura, acrisolada, madura con la madurez jugosa de la libertad profunda que ve cortadas las amarras que limitan al hombre a la epidermis de las cosas». Polo, L., *La persona humana y su crecimiento*, ed. cit., 177.

también 'es' su cuerpo. Ante esta hipótesis Polo solía indicar que 'el cuerpo es poco yo'.⁷⁰ Ya se ha adelantado que el 'yo' es, según Polo, el ápice de la *esencia* humana, y que, por tanto, es realmente distinto del *acto de ser* personal humano. Pero si el 'yo' es una dimensión de la *esencia* humana, no puede serlo de la *naturaleza corpórea* humana; por tanto, lo correcto no es decir 'yo soy mi cuerpo', sino 'yo tengo un cuerpo' o referido a Dios: 'me has dado un cuerpo'.⁷¹ También se ha indicado que tras la muerte y durante la llamada 'escatología intermedia', en los salvados perviven la *esencia* humana y el *acto de ser* personal, pero no el cuerpo. Por tanto, no es pertinente sostener que éste forme parte de una u otro. Por lo demás, el cuerpo humano, como todo en nosotros, también es compuesto. De modo que el pecado original ha afectado de modo distinto a las distintas dimensiones. Revisemos brevemente esta afección en los siguientes tres ámbitos.

a) *En los sentidos y apetitos*. Los sentidos humanos están afectados por el pecado de origen. Polo repara en ello, por ejemplo, en el campo de los sentidos externos, en el olfato, pues sostiene que «el olfato humano está atrofiado»,⁷² y en el de los internos, por poner otro ejemplo, en la imaginación, por lo dificultoso de controlar que son, por poner un caso, los despistes que sufrimos a causa de ella o el desorden en los sueños. Por lo demás, es obvio que el pecado personal afecta a unos sentidos y a otros. Basta aludir, por ejemplo, a la adicción al alcohol o a las drogas para advertir el desbarajuste en unos y otros.

Los apetitos sensibles es el tema clásico de las pasiones, las cuales, según la filosofía medieval están desordenadas entre sí y frente a la razón y voluntad. Polo admite ambas tesis e indica que tal desorden se

70. «Lo que está mal después del pecado original es la yoización de la naturaleza; es decir, la naturaleza humana es poco yo, mínimamente yo. El mínimo nivel de yo en la naturaleza humana es la presencia mental». *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 52.

71. *Hebr.*, X, 5.

72. «Una prueba de lo atrofiado que tenemos el olfato es el recurso al desodorante». Polo, L., *Curso de teoría del conocimiento*, I, en *Obras Completas*, vol., IV, Pamplona, Eunsa, 2015, 228.

debe al pecado de origen: «El pecado tiene que ver con nuestra libertad de una manera muy estricta y perfectamente definida. La manera como se manifiesta la libertad en su finitud en la forma de caída es —y esto es ya un tema muy clásico que recoge San Agustín y luego lo emplea exageradamente Martín Lutero— el tema clásico de las concupiscencias».⁷³ Respecto de este desorden Polo hablaba del tema de los ‘ascos’. Si el hombre es un abierto intelectualmente a la totalidad de lo real, los ascos suponen cierta cerrazón en las tendencias humanas a determinadas realidades.⁷⁴

b) *En los sentimientos sensibles*. Los sentimientos sensibles se pueden polarizar en torno a dos: placer y dolor. Si el segundo se mundializó en sus umbrales más elevados en la pasada centuria, el primero se persigue alocadamente en cualquier latitud en ésta. Respecto de éste, dado que el placer sexual es el más intenso, la sexualidad humana parece que en nuestra época sufre mucho más desorden que las precedentes. Para Polo «el desorden sexual no es lo primordial del pecado de ciencia, pero sí una consecuencia inevitable. Del pecado original derivan toda una serie de errores —por ejemplo, los *gnósticos*— acerca de la sexualidad».⁷⁵ Los errores gnósticos acerca de la sexualidad radican en separar en ella su fin generativo del sentimiento de placer que reporta su actividad.⁷⁶

En cuanto al dolor o sufrimiento, cabe decir de él lo mismo que se ha dicho acerca del mal, a saber, que no se puede conocer, es decir, que no se puede descubrir su sentido porque, en este caso, es falta de sentido corporal, orgánico: «la pregunta clásica de la filosofía, la pregunta por la esencia, no puede plantearse cuando se trata del mal. El mal es refractario a ella, puesto que no es inteligible. Por tanto, está justificado sentar la equivalencia del mal y el sufrimiento humano. Al igual que el mal, el sufrimiento es incomprensible. En última instancia, para el hombre, el

73. Polo, L., *Persona y libertad*, ed. cit., 263.

74. «El asco no es propio de Dios, sino del ser humano en tanto que limitado, sobre todo por el pecado». Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 301.

75. Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 481.

76. Cfr. Polo, L., *El hombre en la historia*, ed. cit., 85.

sufrimiento carece de sentido».77 Respecto de él Polo suele decir que el hombre ha inventado toda una ciencia para combatirlo, la medicina.⁷⁸ Pero ésta ni al final puede vencer el sufrimiento, puesto que se le mueren todos sus pacientes, ni entre medias puede dotarle de sentido o comprenderlo. Por tanto, «no existe ninguna forma de actividad simplemente humana y ningún producto cultural que arrojen luz sobre el sufrimiento como tal. Cabe encontrar obras humanas en cuya producción ha tenido parte el dolor, o en las cuales el hombre aparece afectado por él. Pero en ninguna de ellas el sufrimiento está descifrado. Las actitudes humanas ante el sufrimiento son insuficientes porque, en última instancia, el enigma del sufrimiento sólo puede resolverse si se encuentra su sentido. Aunque el hombre sea incapaz de encontrarlo, para Dios todo es posible... Jesucristo, Dios hecho hombre, ha desentrañado el sentido del sufrimiento humano».79 Cristo le ha cambiado de signo porque al asumirlo en su naturaleza humana lo ha aprovechado para redimir con él al género humano y elevar a éste al orden de la vida divina.

c) *En las funciones vegetativas.* En este campo es en el que más se manifiesta el desorden introducido por el pecado original, hasta el punto de que las funciones vegetativas en nosotros se aniquilan completamente con la muerte, la cual no debía afectar a un ser espiritual, pero «el pecado es lo que ha dado lugar a la muerte».80 Se trata del pecado original, puesto que a lo que da lugar el pecado personal es a la ‘segunda muerte’,⁸¹ la cual consiste en la pérdida del ser personal. Pero respecto de la primera, para Polo, «en esta vida la plenitud de esa relación no es posible; como se dice en la tradición cristiana, es menester una vida más alta. Entre estos dos tipos de vida es necesaria una conexión, que

77. Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 482.

78. «Es patente que a lo largo de la historia el hombre ha dedicado un gran esfuerzo encaminado a librarse del sufrimiento. A ello obedece, por lo pronto, la medicina». Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 482.

79. Polo, L., *Antropología trascendental*, ed. cit., 482.

80. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 255.

81. «El cristiano sabe que no sólo hay una muerte, sino también una segunda muerte, que está reservada para los que mueren en pecado grave. Contra la segunda muerte el suicidio es inútil». Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 293.

en la situación pecadora del hombre es la muerte. Pero en cualquier caso, el tránsito tiene que darse». ⁸² ¿Por qué se da la muerte corporal? Para Polo, porque la unión del alma y el cuerpo es débil, es decir, «el alma es distinta como forma del cuerpo que como sede de las facultades espirituales, y las facultades espirituales no puede comunicarlas al cuerpo, y eso, a mi modo de ver es consecuencia del pecado original». ⁸³ Si el primer fruto del pecado es la soledad, con esto se ve que la muerte es efecto del pecado, pues «lo peor de la muerte es lo que tiene de soledad. Como suele decirse, el hombre muere solo. Ello es una clara indicación de su carácter doloroso, porque como el hombre es *coexistencial*, para él la soledad es sumamente dura... El cristiano tiene el consuelo de saber que Cristo le acompaña en la muerte y de un modo muy real, puesto que también Cristo murió, no porque fuera pecador, sino porque se hizo cargo de nuestros pecados». ⁸⁴

Como se puede advertir, el pecado y la muerte no tienen la última palabra, porque mediante el arrepentimiento el hombre puede hacer frente al pecado y a la muerte desde el poder divino, y «aquí entran en juego las tres virtudes teologales: *fe, esperanza y caridad*. *Fe*, porque desde nuestra vida, la característica central de la vida futura, aunque de ella tengamos noticia, forma parte del misterio. *Esperanza*, porque el desembocar la muerte en la vida eterna no se debe a nuestros méritos, sino a la misericordia de Dios. *Caridad*, porque es la falta de amor a Dios —el pecado— lo que ha dado lugar a la muerte». ⁸⁵ Por tanto, el cristiano no debe temer a la primera muerte aunque ésta se le imponga, porque la puede superar con la ayuda divina, pero sí al pecado, aunque éste no se imponga, porque su fruto es la segunda muerte. «Para afrontar esa dificultad se debe tener en cuenta que la resurrección es una clave de la esperanza. Por otro lado, la indicación revelada, explícita en san Pablo, de que la muerte está

82. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 255.

83. Polo, L., *Conversaciones en Torreblanca*, Colombia, agosto de 1997, pro manuscrito, 185.

84. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 255.

85. Polo, L., «La antropología trascendental como remedio a las antropologías insuficientes», Pamplona, 1981, pro manuscrito, 6.

relacionada con el pecado abre la distinción entre lo que suele llamarse primera y segunda muerte. La resurrección puede tener relación con esta distinción». ⁸⁶

86. Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, ed. cit., 253.

